

El nuevo gobierno de izquierdas de Cataluña



TONI COMÍN

En los últimos tres años el tripartito catalán ha hecho más cosas de lo que parece

En 2003, el tripartito, el primer gobierno catalanista y de izquierdas, levantó unas expectativas enormes en la sociedad catalana progresista. No era para menos: por primera vez desde la Guerra civil, desde hacía casi 70 años, llegaban las izquierdas catalanas al gobierno. Después de 23 años de nacionalismo conservador, la ilusión por el proyecto encabezado por Pasqual Maragall era muy alta y estimulante.

¿Qué esperaba aquella gente del gobierno al que habían votado, ya fuera a través del Partit dels Socialistes-Ciutadans pel Canvi, de Esquerra Republicana o de Iniciativa per Catalunya? Esperaban unas políticas progresistas, especialmente en el ámbito social (acordes con una sociedad catalana, según todos los estudios sociológicos, más bien escorada a la izquierda). Y, ¡oh paradoja!, estas son precisamente las políticas que ha hecho el tripartito durante estos tres años de legislatura.

El Pacto Nacional por la Educación puso el rumbo para corregir el principal problema de las escuelas catalanas: la concentración de los alumnos inmigrantes (8 de cada 10) en la red pública. El Pacto por la Sanidad con el gobierno central puso coto al gran problema de la sanidad: un déficit anual de 600 millones. Podríamos seguir hasta el aburrimiento. Durante 23 años de *Convergència i Unió* se constru-

yeron 30.000 plazas y en sólo tres años de tripartito ya se han empezado 25.000. Podríamos hablar de viviendas protegidas (que se han disparado hasta 35.000 en tres años), o de la célebre Ley de Barrios, que ha invertido 600 millones en los 40 barrios más degradados de Cataluña.

Esta es la obra que muchos ciudadanos catalanes de izquierdas esperaban y es la que se ha hecho. Sin embargo, las elecciones se han avanzado un año, el clima general entre el votante progresista no era, ante las elecciones del 1 de noviembre, de excesiva euforia, por no hablar de franca desilusión o desmotivación. ¿Qué le ha ocurrido a este gobierno?

Ha cometido dos pecados principales. El primero, no mostrar ante la opinión pública un grado suficiente de cohesión y dirimir sus discrepancias en público. En parte, no ha hecho sino lo propio de cualquier gobierno de coalición de cualquier país de Europa complejo y plural. ¿No habría, pues, que preocuparse por las desavenencias entre socios? No exactamente. Por un lado, viniendo como veníamos de un gobierno casi unipersonal de 23 años, algunas discrepancias lógicas han parecido excesivas. Por otro lado, el tripartito, falto de experiencia de coalición, ha llevado la temperatura de las discrepancias públicas más allá de lo que es habitual en los termómetros europeos. Ni tanto ni tan poco: esto es lo que habrá que corregir.

Por otro lado, el gobierno catalán pecó al ceder todo el protagonismo de la agenda política al Estatut. ¿Había que hacer un nuevo Estatut? Sí, porque el desarrollo federal de España es bueno; porque el Estatut adapta al modelo autonómico dos pilares básicos del Estado moderno —la Hacienda y la Justicia— que quedaron al margen de la primera descentralización; porque sanciona una justa democratización de los símbolos y las identificaciones nacionales, y porque una parte importante de la sociedad catalana aspira a unas mayores cotas de autogobierno dentro de la Constitución (al menos, todos los votantes del referéndum del 18 de junio más aquellos que votaron

en contra por considerar que el Estatut era insuficiente).

¿Era este el mejor momento para hacer la reforma estatutaria? ¿Hacía falta empezar la obra del tripartito por aquí? Aquí, como el verso, las opiniones son libres. *A posteriori*, se puede hacer todo tipo de elucubraciones. Que el Estatut es políticamente bueno, para Cataluña y para el conjunto de España, no haya la menor duda. Que fuera estratégicamente oportuno ponerlo como la principal prioridad del gobierno catalán, esto ya es más discutible. En cualquier caso, para uno de los socios del tripartito, ERC, era una condición necesaria, y lógica si uno recuerda que este partido estuvo en contra del Estatut del 79 y, por lo tanto, para subirse al carro de las instituciones necesitaba una justificación política que sólo un nuevo Estatut podía proporcionarle.

Con todo, la sociedad catalana le ha dado al gobierno catalanista y de izquierdas, ahora Entesa Nacional pel Progrés, una segunda oportunidad. De 74 diputados, la mayoría progresista ha pasado a 70, cuando la mayoría absoluta es de 68. La reforma social ya empezada debe continuar por el mismo camino. Sin embargo, ahora será más fácil que protagonice el relato público. España, la España progresista, debería entender que optar por una coalición así es primar, en Cataluña, el eje izquierda-derecha. Algo de lo que debería alegrarse todo ciudadano comprometido con los valores de la igualdad y la justicia.

Un pacto del PSC con CiU hubiera supuesto, al contrario, poner por delante el eje identitario, el eje España-Cataluña. (El catalanismo federalista del PSC está más cerca, en teoría, del nacionalismo confederalista de CiU que del independentismo pacífico de ERC). Esta es la gran pregunta que deberíamos hacernos: ¿qué eje priorizamos?, ¿izquierda-derecha?, ¿el eje identitario? ¿Se puede realmente ser de izquierdas sin poner el eje izquierda-derecha por delante? □

TONI COMÍN

Diputado del Parlament de Catalunya